

LEOPARDI TRADUCIDO EN 1928 Y LUIS CERNUDA

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

«En las noches del invierno de 1936 a 1937, oyendo el cañoneo en la ciudad universitaria, en Madrid, leía a Leopardi», escribió Luis Cernuda en su ensayo autobiobibliográfico *Historial de un libro*. Y parece ser que lo hacía en un ejemplar de la versión española de los *Canti* que en 1928 editó su paisano Miguel Romero Martínez, edición que llevó consigo a su exilio en Inglaterra. La editorial Renacimiento ha reeditado ahora esa misma versión de Miguel Romero con un extenso estudio preliminar de Gabriele Morelli, catedrático de Universidad de Bérgamo, gran conocedor de Leopardi y vinculado familiarmente a la villa de Recanati, cuna de gran poeta romántico italiano.¹

No era la primera vez, en aquel 1928, que se publicaban traducciones al español de los poemas de Leopardi, que había despertado ya entonces también la atención de significativos intelectuales españoles. Emilia Pardo Bazán lo consideraba «Quizá uno de los poetas primeros del mundo» y le parecían «hermosísimas» algunas de sus más célebres composiciones como «La sera del dì di festa», «Le ricordanze» y «Amore e morte».

El primero en estudiarlo en España fue Juan Valera, en un trabajo que se tituló *Sobre los cantos de Leopardi*, de 1855, y tras él José Alcalá Galiano (*Poetas líricos del XIX: Leopardi*, de 1870) y Menéndez Pelayo en 1880. Juan Luis Estelrich lo incluye en 1889 en la *Antología de poetas italianos traducidos en verso castellano (1200-1889)*, el mismo año en que Miguel de Unamuno traduce «La ginestra». Carmen de Burgos, Colombine, escribió una biografía en dos enormes volúmenes, en los que intercaló traducciones de casi toda la obra poética del autor, ya en 1911. Entre los traductores que colaboran con Colombine se encuentran poetas muy destacados como Enrique Díez Canedo, Rafael Cansinos-Asséns o Tomás Morales. Y Fernando Maristany publica, en 1920, *Leopardi: las mejores poesías líricas de los mejores poetas*, con traducciones suyas y de otros traductores.

La etapa fundamental en la difusión de la poesía del autor de Recanati la protagoniza el sevillano Miguel Romero Martínez con su excelente traducción de los *Cantos*

¹ Giacomo Leopardi, *Poesías*, traducción de Miguel Romero Martínez, introducción de Gabriele Morelli, Sevilla, Renacimiento, Colección Poesía Universal Serie Menor, 2013, 247 págs.

publicada en 1928, (*Poesías de G. Leopardi*, Madrid, CIAP). Seguirán en 1929 la del poeta colombiano Antonio Gómez Restrepo (*Cantos*, Roma, 1929) y recientemente han destacado las traducciones de Antonio Colinas, Luis Martínez de Merlo, Diego Navarro y Eloy Sánchez Rosillo. Ya Pedro Luis Ladrón de Guevara en su libro *Leopardi en los poetas españoles* hizo la recopilación más completa de todas las relaciones de poeta de Recanati con nuestros escritores, poetas, traductores y estudiosos.

Facilita todos estos datos y muchos más Morelli en su estudio preliminar, que supera las cien páginas, titulado «La versión de los Cantos de Leopardi y su influencia en Cernuda», ya que en el indaga en además la suerte y el destino de aquel ejemplar que leyó Luis Cernuda, al que nos referíamos al principio, y que, al parecer, el poeta sevillano lo regaló a Leopoldo Panero, hoy definitivamente desaparecido, aunque interesante porque según cuentan testigos que lo llegaron a ver contenía anotaciones del propio poeta. Sabemos que el libro estuvo en la biblioteca de Panero en Astorga, y se supone que es uno de los muchos que su hijo menor Michi, vendió a «libreros anónimos». Morelli nos ilustra, además, sobre la fidelidad de lo vertido por Romero Martínez, que no solo conserva el sentido de forma muy fiel, sino que busca una musicalidad que sílaba a sílaba recupera la propia melodía original de Leopardi.

En relación con Miguel Romero Martínez, que era gran amigo de otro de los traductores de Leopardi todavía no nombrado, Jorge Guillén, se podrían aportar algunos datos interesantes, y el primero de ellos es que la mejor representación de las traducciones que hiciera Jorge Guillén de poetas románticos europeos corresponde precisamente a Giacomo Leopardi, con una serie de «fragmentos», de «Sobre la luna», que recogimos en nuestra edición de *Las traducciones del 27*. Guillén tradujo «La sera del dì di festa», «Alla luna», «Canto notturno di un pastore errante dell'Asia», «La vita solitaria», «Il sabato del villaggio», «Il tramonto della luna». Con ellas, Guillén se une a la larga nómina de selectos seguidores de Leopardi en España, que inició Juan Valera y que siguieron Unamuno, Gerardo Diego y tantos otros. El propio Jorge Guillén dedicaría poemas originales suyos a Leopardi y a Recanati, pero, sin duda, esta serie de traducciones, con el motivo de la luna como punto de unión común de las mismas, supone un gran homenaje de admiración, que revela lo mucho que importó el gran poeta italiano en la generación de Jorge Guillén, y reitera el amor por Italia y por la poesía italiana, demostrado a lo largo de toda su vida por el poeta de *Cántico*.

Merece detenimiento recordar quién era Miguel Romero Martínez y situarlo como uno de los más activos componentes del grupo ultraísta sevillano. Nacido en Sevilla en 1887, era hermano del también poeta vanguardista José María Romero, de inferior significación. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla y se doctoró en Madrid. Fue uno de los promotores máximos del ultraísmo sevillano y un

excelente traductor de Leopardi. Murió en Sevilla en 1957. Sus obras se recogieron en el libro *Poesías* (Sevilla, 1936).

La poesía de Miguel Romero Martínez nunca llegó a ser del todo vanguardista, ya que los poemas que publicó en las revistas de su tiempo se mantienen muy fieles a la expresión del modernismo rubeniano, al que por otra parte ataca y combate. Sus poesías, por ello, no tienen mucho interés, salvo «Palinodia», que formó parte del «Scherzo ultraísta, Op. II», donde lleva a cabo una especie de manifiesto, en el que abraza la nueva estética. El poema apareció en *Grecia*, número 13 (1919):

Ille ego qui quondam... Yo aquel que, en un momento
de ligereza absurda
y olvido de mí mismo,
para recibir el decenal y menguado estipendio
de las quince mil pesetas tabelionarias y regiocamelistas,
maldije de la viril pujanza y el nervioso lirismo
de los Apolónidas ebrios de provenir,
contrito y converso
alzo hoy mi voz humilde y sincera
para retractarme del torpe juicio
que vendí al Nihil Prius Fide
(*a tout seigneur, tout honneur*)
y pedir el último puesto en la augusta Falange
y mandarte con mis ardientes vítores,
¡oh Rafael, gran Maestro y Apóstol,
tierno y clarividente a lo Vinci!
Todo mi corazón de poeta.

Como ya advirtió Gloria Videla en su estudio pionero sobre *El ultraísmo*, Romero Martínez «proclama muchos rasgos del ultraísmo: afanes iconoclastas, ser un bolchevique en las letras, adaptar la poesía al nuevo mundo y saber encontrarla en un exprés o en un avión, crear nuevos mundos con la palabra, emplear neologismos y galicismos, aventar las cenizas novecentistas...». Sin embargo, todo se quedó en un deseo o un intento, ya que Romero Martínez no llegaría a dominar la pirotecnia metafórica del lenguaje ultraísta ortodoxo, como ocurre en el poema transcrito, aunque se sirve de algunos rasgos muy característicos del movimiento: neologismos realizados por composición, palabras o frases en otros idiomas, aunque una de ellas es el lema de los notarios («nada antes que la fe»), todo para exaltar la poesía y el arte frente a la vulgar vida laboral economicista.

Miguel Cruz Giráldez, en «Jorge Guillén y Sevilla (Nuevas notas)» (*Archivo Hispalense*, 68, 209, 1985), ha recordado que «En Sevilla vivió Jorge Guillén con su esposa y sus hijos Teresa y Claudio en «Villa Guadalupe», el chalé de la familia Romero Martínez en el entonces alejado barrio de Nervión (antigua calle 16, hoy Cardenal Lluch, 68). La paz casi bucólica de este retirado sector, con las vías aún sin pavimentar, que lindaba con las huertas y los campos de labranza en las afueras de la ciudad, fue la razón que inclinó a los Guillén a alquilar una vivienda en la parte alta de «Villa Guadalupe». Allí fueron vecinos del humanista Miguel Romero Martínez, traductor, entre otros, de Horacio y Leopardi y bibliófilo entusiasta, además de gran latinista y aficionado a la astronomía. Destacan sus versiones de los *Epigramas eróticos* Marcial, de Fontenelle –*La pluralidad de los mundos*– de Shakespeare –*El rey Lear*–. Culto sevillano, hermano del médico y escritor José María Romero Martínez, que fue como él activo ateneísta, estableció entonces unos lazos de profunda amistad con Jorge Guillén.»

Volviendo al libro de Morelli, y ya centrándonos en la relación de Leopardi con Cernuda, señala el hispanista que no es posible saber con exactitud el momento en que Cernuda entregó a Leopoldo Panero la traducción de Miguel Romero. Señala que su hijo Juan Luis, entonces niño, cree que fue en Londres, aunque también se ha señalado que se lo deja cuando Cernuda marcha a Estados Unidos. Como dato revelador del interés de Cernuda por Leopardi, y tal como señala en su biografía del poeta sevillano Antonio Rivero Taravillo, hay que recordar que entre los libros que pide prestados a la biblioteca de la Universidad de Glasgow, cuando estaba en Escocia en febrero de 1939, está la edición inglesa *The Poems of Leopardi*, publicada en Cambridge en 1923, y como destaca Morelli, con traducciones en el metro del original, algo sin duda del máximo interés para Cernuda, porque una de las conclusiones del estudio del profesor es justamente que cultivó estructuras métricas que están inspirada en las utilizadas por Leopardi. Pero, desde luego, lo importante, lo significativo es la afinidad temática, y así lo señala el autor del estudio preliminar: «No hay duda de que los dos poetas comparten un fondo común hecho de marginación y soledad; elementos tan agudamente indicados por Miguel Romero en la Introducción de su versión leopardiana, donde capta el sentimiento de tristeza que vivió el poeta de Recanati y en parte amargó la existencia de Cernuda».

En todo caso, el libro preparado por Gabriele Morelli es una aportación fundamental para el conocimiento de la influencia de Leopardi en España y no sólo detenida en la enumeración de las traducciones sino en lo que estas traducciones consiguieron para la extensión de la fama del poeta de Recanati entre los poetas españoles, algunos de los cuales, y el caso de Cernuda es significativo, adaptaron formas y contenidos, temperaturas y sentimientos, surgidos en las composiciones del gran Giacomo Leopardi.